



## *El sabio de la Biblia: Fr. Marie-Joseph Lagrange, O.P.<sup>1</sup>*

La originalidad del padre Lagrange consiste en que fue fundador de una escuela práctica de estudios bíblicos llamada a ser explicada él mismo- “un organismo de abnegación mutua, de trabajo en común, sin que siquiera llegue a saberse quién firmará” (1903), “un verdadero trabajo de familia donde todos los conocimientos serán puestos en común” (1915); en suma, un equipo bien conjuntado, con especialidades complementarias. “Aunque no hubiese alumnos [en Jerusalén] escribe el padre Benoit en 1937, este lugar seguiría siendo un scriptorium para scriptores; y esto es lo que se pide: trabajos serios, probada competencia, un nivel tan alto y métodos más seguros que los alcanzados y puestos en juego por los enemigos de nuestra fe. Desde este punto de vista, la Escuela tiene garantizada su reputación.” El P. Lagrange fue el fundador; pero fue, sobre todo, el líder de una escuela cuya orientación metodológica él fijó con precisión: vincular la observación del terreno con el estudio de los textos, armonizar el método histórico con la regla de fe, practicando una exégesis teológico-crítica. Además, fue él sólo quien formó a los colaboradores dominicos que continuarían juntos la obra de la École Biblique durante casi medio siglo. [...]

Como buen dominico, el P. Lagrange cultivó la exégesis bíblica como un ministerio apostólico. [...] La obra científica es una obra de misericordia, pues la verdad que es objeto de la exégesis bíblica atañe a la salvación de los hombres. ¿De dónde sacaba el P. Lagrange la fuerza y la luz para mantenerse incansable en su labor? Los alumnos que iban a Jerusalén a recibir las lecciones de un maestro descubrían que aquel sabio era también un hombre de oración, que vivía en un incesante ir y venir de la mesa de trabajo al oratorio, sin solución de continuidad. De modo que cultivar la exégesis bíblica con la máxima exigencia científica constituía para él un auténtico camino espiritual; fue verdaderamente, un exégeta en busca de Dios.

Ahora que el frente pionero de la exégesis bíblica ya no es el mismo, pues tan firmemente se han consolidado las conquistas anteriores, nadie debe ignorar qué batalla hubo de sostener el P. Lagrange para que en la Iglesia católica se reconociera derecho de ciudadanía a la interpretación histórico-crítica de la Biblia. [...]

La pretensión de tomar todo en la Biblia al pie de la letra creaba un peligro para la fe; cuestionar el libro inspirado en nombre del método histórico provocaba otro no menos grave. El Antiguo Testamento era el campo de enfrentamiento más peligroso, especialmente los primeros libros de la Biblia, no solamente por saber si el Pentateuco había sido realmente escrito por Moisés en persona, sino sobre todo por comprender qué interpretación debía hacerse de los relatos primitivos. [...] La ambición del P. Lagrange es arrebatarse al adversario su arma más temible, esgrimir en beneficio del creyente un instrumento científico que parecía una amenaza para la fe y convertirlo en medio de inteligibilidad para una lectura teológica de la Biblia. [...] De esta suerte se inscribe en la filiación directa de santo Tomás de Aquino (de quien expresamente se reconoce deudor): lo que uno hizo con la filosofía aristotélica, él lo hizo con la crítica histórica. Esta forma de servicio apostólico de la Iglesia para la salvación de las almas exige imponerse a la consideración del mundo especializado gracias a una competencia indiscutible, en lugar de encerrarse en la mullida cáscara de la esfera eclesial y descansar en la seguridad ilusoria de una cómoda rutina. Era también, y el P. Lagrange no lo ignoraba, asumir el riesgo de recibir golpes de todas partes. [...]

La Biblia, que debe interpretarse con todos los recursos científicos modernos, el P. Lagrange la recibe en la Iglesia como Palabra de Dios. La exégesis bíblica como él la entiende constituye una lectura teológica de la Biblia, que debe culminar en una teología bíblica, fruto último que nunca dejó de perseguir. “Dominicos, luego teólogos”, así definía la Escuela de Jerusalén. [...]

Del P. Lagrange, todos los que le conocieron subrayan a porfía su afabilidad, su distinción, su cortesía, su urbanidad, que lo hacían tan accesible. [...] Su vida, como su obra, muestra una continuidad sin fisuras, una maduración sin rupturas. [...] La misma continuidad rigurosa se manifiesta desde el primero hasta el último día en las actitudes fundamentales de su vida dominicana, en su escrupulosa obediencia a los responsables de la Iglesia y de la Orden, en su adhesión convencida a la doctrina de santo Tomás de Aquino, en su constante fidelidad a la oración litúrgica y al rezo del Rosario. Es indudable que los dones de la gracia vienen aquí a coronar la capacidad de la naturaleza.

Un humanista: lo era por su cultura; para relajarse de sus trabajos científicos se recreaba leyendo en el

texto original los trágicos griegos o los Diálogos de Platón, las obras de Dante, de Shakespeare, de Goethe. Lo era también por su experiencia del mundo, adquirida en París durante sus estudios de Derecho, cuando frecuentaba conciertos y espectáculos, exposiciones, conferencias y hasta campos de deportes, sin contar las tertulias a la sombra de los árboles del parque de Luxemburgo. Lo era sobre todo por los valores naturales en los que era intransigente: el honor (no sólo el de la Iglesia o de la Orden, sino su honor de hombre, de cristiano, de religioso), la lealtad, y la justicia, que apreciaba por encima de todo. [...]

El P. Lagrange se caracteriza por su fidelidad inquebrantable a la Iglesia en un tiempo -el de la crisis modernista- en el que semejante constancia no era habitual. Sin embargo, los dirigentes de la Iglesia sometieron a duras pruebas su adhesión filial. El mismísimo papa Pío X no ocultaba sus dudas sobre “la escuela Lagrange”, a la que era “muy contrario”. El Maestro de la Orden, P. Cormier, tampoco prodigaba los gestos de ánimo. [...] En 1912-1913, atacado por la represión, desautorizado por Roma, obligado a retirarse, confía a un amigo: “Pienso que, si he servido a la Iglesia lo mejor que he podido por la acción, ha llegado el momento de servirla por la inacción, y que todo está bien cuando hay algo que sufrir”. En la Compañía de Jesús contó con amigos que estimaba muchísimo [...] pero encontró adversarios intratables, a los que no tuvo derecho a replicar. Su último recurso no era otro que la oración. [...] De paso por Roma, cuando más arreciaban las hostilidades contra él, fue a celebrar una misa en el altar de S. Ignacio, de quien esperaba la reconciliación.

Instalado en la paz, confortado en la confianza, seguro de no recorrer un camino falso, el P. Lagrange sacó de la aprobación recibida de León XIII [...] la fuerza necesaria para continuar hasta el final el combate que había iniciado. Sólo de lejos pudo vislumbrar el éxito de su gran proyecto; a él le tocó soportar sobre todo sus daños. Le fue dado sembrar con lágrimas lo que otros cosechan con alegría: “En verdad, nosotros hemos creado un movimiento. Otros recogerán su fruto. Nos basta haber trabajado por Dios”.